

LAS INSTITUCIONES DE EDUCACION SUPERIOR Y EL SERVICIO SOCIAL

ROLANDO CORDERA CAMPOS*

La misión de las instituciones de educación superior está dada por las tres funciones sustantivas de toda Universidad: la docencia, la investigación y la difusión de la cultura. Estas actividades, en particular la primera, han acompañado a la Universidad, institución de hondas raíces en la cultura occidental, desde la fundación de las primeras universidades en el siglo XII, las de París, Bolonia, Oxford y Salamanca, hasta nuestros días. Sin embargo, dichas funciones no se desarrollan en una dimensión intemporal: siempre están marcadas, en su ejercicio y en su concepción misma, por las convulsiones de la época. Para comprender los formidables retos que enfrenta hoy en día la educación superior, es preciso ubicar a sus instituciones, a los conocimientos y a los recursos humanos que generan, en el contexto más amplio del cambio que experimenta el mundo.

El mundo de la última década del siglo es radicalmente distinto, en más de un sentido, del que emergió de la segunda guerra mundial. El orden económico internacional producto de los acuerdos de Bretton Woods y, en general, las instituciones surgidas entorno a la Organización de las Naciones Unidas para garantizar la estabilidad política y económica, ya no garantizan los objetivos para los que fueron creados.

Por primera vez en la historia moderna de la humanidad, el cambio en el orden internacional no es directamente atribuible a un conflicto armado que haya arruinado a una economía o devastado a una potencia hegemónica, pese a que este largo período de paz no ha estado exento de conflictos armados. Dicho cambio se debe a la declinación económica de Estados Unidos, al dinamismo de nuevas formas de capitalismo que en Japón y Alemania han logrado resultados espectaculares, a la emergencia de nuevas formas de asociación entre países que ensayan ya la formación de bloques económicos en Europa, Norteamérica y la Cuenca del Pacífico y por último, pero no al último, este formidable cambio también es atribuible al derrumbe del único sistema económico alternativo al que se había enfrentado el capitalismo, el socialismo.

Contra las previsiones más optimistas de los últimos años, la incapacidad de la comunidad internacional en los inicios de esta década para desactivar conflictos regionales que, como en el caso de la guerra de los Balcanes, representan una brutal regresión tanto política, como cultural, nos lleva necesariamente a interrogarnos sobre los límites de la modernidad. Lo que muchos habían considerado en el terreno económico como un proceso inexorable de globalización económica está a punto de terminar en la segmentación del mercado mundial en varias economías-mundo que, a diferencia de las anteriores, podrían darse el lujo de prescindir de vastas regiones de la humanidad y aun de continentes enteros. El Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, la Europa Unida y la Cuenca del Pacífico, son apenas las señas de identidad de un futuro probable, en alguna medida deseable, desde la perspectiva actual definida todavía por una profunda convulsión del orden económico internacional.

Hoy día debería estar presente en la agenda de cualquier Estado la búsqueda de una estrategia que le permita sobrevivir como país, adaptándose a su circunstancia y a su momento histórico, y tratando de liberar el potencial que le ofrecen sus recursos. Si algo han demostrado los acontecimientos de las últimas décadas es que el mayor recurso que posee un país y por lo mismo, su mayor ventaja competitiva frente al resto de las naciones, es su población, o mejor dicho, la capacidad técnica e intelectual de su población para la investigación científica, la innovación tecnológica y la creación artística para la solución de sus problemas económicos y sociales. El problema de la educación en nuestros días debe analizarse en el contexto internacional y en el de las nuevas exigencias que éste impone a los países que desean sobrevivir.

Discutir hoy el estado que guardan los sistemas educativos en el mundo es una cuestión de importancia estratégica, como se desprende del lugar preponderante que le conceden los gobiernos de los países más desarrollados de Occidente a la reforma educativa. La inserción ventajosa de toda nación en el orden mundial

*Rolando Cordera campos es profesor de tiempo completo de la Facultad de Economía de la UNAM y Presidente del consejo Consultivo del PRONASOL.

en formación dependerá fundamentalmente de los conocimientos que reciban aquellos que hoy todavía son niños y jóvenes, pero de quienes dependerá en el futuro la competitividad de su país.

El mundo al que deberán hacer frente estos jóvenes vive profundas convulsiones no sólo en la economía y la política, sino también en la cultura, provocadas en gran medida por la fuerza sin precedentes del cambio científico y tecnológico, ya de por sí vertiginoso a lo largo de este siglo, pero que se ha acelerado aún más en los últimos años. El papel que las universidades han desempeñado en esta nueva fase del capitalismo ha rebasado con mucho sus tradicionales funciones básicas, para convertirlas en eslabones cruciales de los sistemas de investigación y desarrollo de los países más industrializados. La generación de conocimientos y su rápida aplicación a la producción de nuevos bienes o nuevos procesos que reclaman una innovación tecnológica continua, son fenómenos inéditos en la historia. Hoy día, el avance de la ciencia supone el avance de la industria en una relación más que proporcional: los resultados de la investigación básica tienen efectos exponenciales en la investigación aplicada y en la innovación tecnológica.

Los bienes que ha generado este impresionante y continuo cambio tecnológico ahorran espacio y ganan en complejidad. Hoy asistimos a la proliferación de bienes portátiles que, a su vez, crean patrones de consumo propios. Estos bienes, que Attali llama “bienes nómadas”, generan una cultura de nómadas ricos, quienes se benefician de las ganancias que en costo y tiempo representan los avances de las telecomunicaciones. La cultura del fax, del microprocesador, de la telefonía celular, de los discos compactos, de las fibras ópticas, es disfrutada ya por aquellos que viajan sin conocer restricciones de fronteras o idiomas. Pero, además, estos adelantos liberan también al capital y a las transacciones mercantiles de las limitaciones que las fronteras y las distancias les imponían: la mayor parte de las operaciones financieras de los principales mercados del mundo se manejan a distancia, y sus precios de equilibrio se determinan en cuestión de segundos mediante cruces simultáneos de información de oferentes y demandantes de todos los países del mundo.

Este panorama de globalización, incuestionable en el plano de las comunicaciones y los transportes, pero poco clara todavía en los procesos de regionalización económica que parecen apuntar más hacia una segmentación que hacia una integración, deja muchas asignaturas pendientes en la consecución de objetivos que, al menos formalmente, forman parte de toda agenda de gobierno. Se trata de los objetivos de equidad y de bienestar social que, al menos de manera enunciativa, corresponde a todo Estado moderno garantizar. Los problemas del subdesarrollo, no sólo no resueltos en el presente siglo sino amplificadas en la última década por la oleada de inestabilidad económica originada en el centro mismo del sistema, plantean desafíos ante los cuales no tenemos aún respuestas adecuadas. El acelerado crecimiento demográfico del mundo en desarrollo, propiciado en buena medida por la mejoría en las condiciones sanitarias de la población, ejerce una fuerte presión sobre los recursos naturales en aquellas regiones que no se han beneficiado plenamente de los adelantos tecnológicos que permiten ahorrar energía y recursos no renovables. En estos países, en los que la miseria aumenta y se viven retrocesos hacia etapas ya superadas de su desarrollo, la profecía malthusiana reaparece ante la incapacidad de sus gobiernos de introducir la tecnología que en otras partes del mundo ha vuelto productivos los desiertos y ha ganado tierra al mar.

Pero no sólo en los países de lo que alguna vez conocimos como Tercer Mundo hay rezagos sociales pendientes. Los del Primer Mundo enfrentan todavía las secuelas de la crisis fiscal del Estado de bienestar, sin poder encontrar una salida exitosa al problema de sus sistemas de seguridad social. La búsqueda de nuevas estrategias de política social, más acordes a las necesidades de cada país y que a tiendan de manera prioritaria la revisión de los instrumentos de política y de las estructuras administrativas encargadas de ejecutarlos, es una tarea que apenas se inicia y que constituye parte importante de la reforma del Estado. Ninguna estrategia de inserción en la economía mundial será exitosa si no se han solucionado los problemas sociales internos más apremiantes, por lo que será necesario que la definición de nuevos equilibrios y áreas de influencia entre Estado y mercado atienda estas exigencias.

Los acelerados cambios experimentados en la economía y en la sociedad mexicanas, buscan simultáneamente superar problemas estructurales y hacer frente a las nuevas realidades internacionales. A los rezagos históricos en materia de desarrollo social, amplificadas por los efectos devastadores de la crisis de los años ochenta, hay que añadir los rezagos del aparato productivo ante una apertura largamente pospuesta y que hoy se nos presenta como irreversible. Los retos que plantea construir una economía más eficiente no son mayores que

los problemas de pobreza, de economía informal, de ampliación de los servicios de salud, de atención a los desequilibrios regionales y, en general, de todos aquellos que se derivan de la desigualdad social.

Este es el contexto a la luz del cual es preciso revalorar la misión de las instituciones de educación superior, en especial la de las universidades públicas. De entrada, es preciso señalar que en nuestro país las universidades no sólo han compartido algunas de las funciones que llevan acabo las instituciones correspondientes de los países desarrollados, también han tenido que remar a contracorriente para construir una tradición científica propia; han introducido el estudio de nuevas disciplinas, necesarias para el desarrollo a largo plazo del país; han realizado, desde su creación, la mayor parte de la investigación científica y humanística e incluso de la innovación tecnológica que se produce en el país; han contribuido decisivamente a la creación de una cultura política y al fortalecimiento de la sociedad civil, mediante el libre ejercicio de la docencia, la investigación y la difusión de la cultura.

Está por escribirse, pese a las muchas contribuciones que ya se han hecho en ese sentido, la historia de la educación superior en México desde el punto de vista de la introducción y desarrollo de las distintas disciplinas y profesiones, en la medida en que todas las áreas del conocimiento deben su desarrollo a las iniciativas que tuvieron su origen en las escuelas universitarias.

El papel que la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) ha desempeñado en el desarrollo de México ha sido muy importante y paradójicamente muy poco estudiado. En ocasiones se pierde de vista que la profesionalización de la mayoría de los estudios que hoy día son imprescindibles no sólo para el desarrollo económico y social, sino para la vida cotidiana del país, tuvo lugar en este siglo. La carrera de economía, por ejemplo, tiene apenas 65 años de impartirse en México; las ciencias duras o exactas tienen escasamente 56 años de haberse constituido en profesionales; la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales es creada a principios de la década de los cincuenta; la profesionalización de la psicología es aún más reciente. No cabe la menor duda, al evaluar las aportaciones hechas a la cultura nacional, que la Universidad Nacional es hasta el momento el principal proyecto cultural que hayamos emprendido como nación.

Tampoco ha sido fácil la labor que han desarrollado las universidades públicas de los estados. Salvo en algunos casos, como los de las universidades de Guadalajara y Puebla, que tienen antecedentes novohispanos, la mayoría proceden de los institutos científicos y literarios creados en los estados por los gobiernos liberales del siglo XIX. En estos institutos se impartían los estudios de derecho y ocasionalmente los de medicina. No es sino hasta este siglo cuando se diversifica la oferta educativa con la creación de las universidades estatales, que casi siempre tomaron como modelo a la UNAM.

Es preciso recordar que la UNAM ha tenido que adaptarse, en un proceso permanente, al contexto del país. En el momento de su reapertura, su proyecto académico era radicalmente distinto de aquél en el que finalmente devino. Los gobiernos revolucionarios la miraban con la desconfianza que les inspiraba una institución porfiriana, a simple vista tan alejada de los problemas nacionales. Cuando se tuvo conciencia de la necesidad de impulsar, como parte de las tareas de reconstrucción económica, política y social que siguieron a la Revolución, la formación de dirigentes y técnicos, que llevaron a cabo las tareas que el desarrollo del país reclamaba, hubo muchas dudas en el gobierno en relación con el compromiso de los universitarios con el proyecto de nación surgido de la Revolución. Los egresados de las universidades públicas enfrentan la disyuntiva entre el ejercicio liberal de sus profesiones y el compromiso con la sociedad; este tema sigue estando hoy día en el centro de toda discusión acerca de la reforma de la educación superior y de la corresponsabilidad en ella de todos los sectores involucrados.

Como parte de esta preocupación, y en un intento por acercar a los estudiantes universitarios a los problemas nacionales para que tomaran conciencia de ellos durante su preparación y contribuyeran a solucionarlos como profesionistas, en 1937, el entonces rector de la UNAM, doctor Gustavo Baz, integra la primera brigada multidisciplinaria del servicio social, que desde un año atrás funcionaba en el Escuela Nacional de Medicina. A partir de entonces, el servicio social fue definido como la responsabilidad institucional de las universidades para con la sociedad que las sustenta.¹

¹Cordera Campos, Rafael, El servicio social ante las desigualdades económicas, sociales y culturales, ponencia presentada en el Primer Encuentro Nacional Universitario de Servicio Social. Ciudad Universitaria, 26 de agosto de 1993.

La diversificación de las acciones del servicio social, cincuenta años después de haberse adoptado, ha sido muy importante. Sin embargo, el adecuado cumplimiento de sus objetivos originales, animados por un espíritu social que buscaba poner a la juventud universitaria en contacto con los problemas y despertar así su vocación de servicio, en mucho se ha perdido. Esto se debe en buena medida, a que el servicio social se ha burocratizado, y a la falta de creatividad para encontrar formas apropiadas de aplicarlo para las disciplinas sociales, científicas y humanísticas. El servicio social por excelencia, el que desde su creación ofrece el mejor ejemplo del compromiso de los universitarios con el servicio a la colectividad, es el que prestan los estudiantes de las facultades y escuelas de Medicina y Odontología, que a través de consultorios, clínicas y sobre todo de brigadas que recorren el interior de la República, mantienen una presencia importante, en muchos casos decisiva, en el bienestar de muchas comunidades.

También habría que destacar la labor que realizan los estudiantes de agronomía, cuyos programas de servicio social los ponen en contacto en el medio en el que habrán de desenvolverse, como parte importante de su formación. Los estudiantes de veterinaria, por su parte, también realizan su servicio social en programas que implican dar atención a sectores muy amplios de la población tanto rural -en el caso de las brigadas de apoyo a la producción pecuaria- como urbana. Otro sector que ha hecho aportaciones importantes a la solución de problemas prácticos de muchas comunidades, es el de los estudiantes de ingeniería civil. Sin embargo, la demanda de prestadores de servicio social en estas áreas tiene como una de sus consecuencias que no se haya buscado una diversificación, basada en la promoción entre la sociedad, de las capacidades y cualidades de otras profesiones.

Esta falta de creatividad en el diseño de programas de servicio social para que conjuguen la filosofía moral que lo animó en sus inicios, y que se mantiene en los casos antes descritos, con el campo de acción propio de cada profesión, ha originado que para la mayoría de los estudiantes el servicio social sea un trámite burocrático más de la larga cadena que deben cumplir para obtener su título profesional. Buena parte de los estudiantes de las demás carreras, que son la gran mayoría, realizan el servicio social dentro de su propia universidad; en el caso de la UNAM, los prestadores del servicio social que participan en programas internos de la institución ascienden al 40% del total. Estos programas van desde investigaciones teóricas, investigaciones aplicadas, iniciación a la docencia, hasta el apoyo a las actividades administrativas.²

Recuperar el sentido original del servicio social es una tarea que por sí misma ofrece grandes posibilidades para fortalecer la vinculación entre universidad y sociedad. La revaloración del servicio social también puede, mediante el uso de la creatividad y de la imaginación en el diseño de nuevos programas, complementar la formación recibida en las aulas y acercar al estudiante al ejercicio profesional, por la vía de la solución de problemas prácticos que sean de interés nacional. Hace falta avanzar en la elaboración de metodologías que hagan posible y eficiente el trabajo interdisciplinario durante la prestación del servicio. Pero, sobre todo, hace falta que los programas de servicio social se inscriban dentro de un plan maestro, que defina prioridades e incluya la participación de estudiantes de diferentes carreras, planteles e incluso universidades. El horizonte que nos ofrece la reforma del servicio social es tan amplio como los problemas que enfrentan las comunidades.

Todas las carreras, de las humanidades y las artes a las tradicionales de servicio como la medicina, ofrecen un gran potencial de servicio a las comunidades, que apunta en tres grandes direcciones: la tradicional, de prestación de servicios a las comunidades, que pueden ser enfocados al cuidado de la salud humana (médicos y odontólogos), de la salud animal (veterinarios), o bien a la construcción de infraestructura civil (ingenieros) y productiva (agrónomos), la restauración de viviendas y monumentos (arquitectos), la alfabetización de adultos (todas las carreras), etcétera. En un sentido más amplio, estos servicios deberían incluir desde asesoría legal (abogados) hasta asesoría nutricional (nutriólogos y químicos en alimentos)

El desarrollo de nuevas capacidades productivas y tecnologías, que requerirá reorientar los actuales programas de servicio social en las áreas de ciencias exactas y naturales hacia la atención de problemas comunitarios. El servicio social es perfectamente válido como programa de iniciación a la investigación, si atiende a las necesidades de los grupos mayoritarios de la población. Los programas de investigación teórica o básica, también prioritarios, pueden utilizar preferentemente a estudiantes de posgrado o a pasantes de licenciatura, lo cual es

²Ibidem: p. 6.

más apropiado para su grado de complejidad y abstracción. Los programas de desarrollo tecnológico pueden desempeñar un papel muy importante en la consolidación de la formación de los egresados de las diferentes ingenierías (mecánica, eléctrica, química, química metalúrgica). El inventario de los recursos del país, aunque avanzado, todavía requiere de programas de servicio social en las labores de cartografía (geógrafos) y reconocimiento de suelos (ingenieros topógrafos) que realiza el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. El reconocimiento de los litorales y el desarrollo del potencial acuífero interno, también requiere de prestadores de servicio social en las áreas de química, biología marina y oceanografía.

La preservación de las tradiciones, factor importante de nuestra identidad cultural, el registro de lenguas en peligro de desaparecer, la catalogación de archivos de pueblos y haciendas, que lo mismo sirven para estudiar la historia del lugar que para dirimir litigios de tierras, son campos insuficientemente explorados por los encargados de los programas de servicio social de las áreas de las humanidades y las artes. Desde esta perspectiva, los futuros historiadores,

literatos, actores, filósofos, antropólogos, lingüistas y licenciados en artes visuales, tienen una función social que cumplir en la preservación y rescate del patrimonio cultural. El Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes debería asumir la coordinación de esta vertiente de programas, que puede ser especialmente prometedora. Incluso programas que hoy día se han burocratizado y desvirtuado, como aquellos que implican la prestación del servicio social en el sector público, podrían recuperar la filosofía original del servicio social si se plantean como oportunidades para introducir a los futuros abogados, economistas, politólogos, actuarios, contadores y administradores en el funcionamiento del sector público, despertando su interés por la solución de problemas prácticos de la administración pública.

Ejemplos sobran con relación al potencial que tiene aún la prestación del servicio social para constituirse en una experiencia efectiva de servicio del estudiante universitario a la comunidad. Inscribir esta noble tradición en el marco más amplio de la redefinición de la responsabilidad de las universidades con la sociedad, es una tarea que demanda gran creatividad para que el servicio social tenga un papel determinante en la necesaria reforma de nuestras instituciones de educación superior, impostergable si queremos asegurar nuestro futuro como nación y contribuir a la solución de nuestras asignaturas pendientes.